

## Más papistas que el Papa

**C**ORRIENTEMENTE en la vida española se maneja el justo reproche para nosotros mismos respecto a que en muchas ocasiones venimos a ser más papistas que el Papa. Nos hacemos el reproche, pero no somos capaces de evitar sus causas, como es la de que, efectivamente, somos muchas veces más papistas que el Papa. El asunto viene de largo y forma parte de nuestros excesos en la fe o el interés que ponemos por las cosas. En todas partes, y en su tiempo, hubo persecuciones religiosas y se castigó la herejía, pero en el recuerdo de la gente solamente queda la terrible referencia de la Inquisición española. Es verdad que grandes espacios de nuestra noticia histórica aparecen ocupados por leyendas negras que se han cebado especialmente con nuestro país. ¡Pero hay que ver los pretextos que damos para que se levanten leyendas negras contra nosotros! Está por probar si somos realmente — en la práctica de la fe — el pueblo más católico del mundo; pero la verdad es que figuramos ostentadamente como el más católico. Es sabido que muchos países con revertimientos democráticos ejercen la autoridad con severidad asustante, pero no hay nadie que nos aventaje en el crédito de autoritarismo. Nuestro liberalismo, nuestro socialismo, nuestro fascismo o nuestro comunismo han tenido siempre más grados que por ahí fuera; por eso el mundo se equivoca tantas veces con nosotros. Aquí lo liberal produce siempre una situación anarquizante; lo socialista atenta radicalmente contra los derechos de la persona y la empresa privada sin discriminación; el fascismo es el ricino a todo pasto, y el comunismo tiene una dialéctica brutal de exterminio. Nuestro propio catolicismo mira de reojo al Concilio y le parece que la Iglesia se liberaliza y se va a la izquierda peligrosamente. Aquí las derechas son carcas, y las izquierdas son sectarias. En resumidas cuentas, aquí somos de verdad más papistas que el Papa, y si elegimos incienso no podemos respirar de humo, y si escogemos el silencio, aquí no se oyen ni las ratas.

En muchas de nuestras manifestaciones somos unos hipócritas redomados, porque nos chifla lo exterior, la exteriorización de las cosas, y luego rebrincamos por dentro. Cuando llega la Semana Santa — por ejemplo — paralizamos todo, y no hay a nuestro alrededor más que música sacra y clausura de todos los espectáculos. Pero entonces, aterrados, escapamos a las playas o preparamos reuniones para jugar a las cartas. Solamente un escogido y distinguido grupo se entenebrece en su intimidad religiosa por esos días.

En España hacen furor los tópicos en los que nadie cree, pero constituyen como una coraza de nuestro comportamiento, y el caso es que si acertáramos a quitar a nuestros entusiasmos o a nuestras oposiciones la carga desmedida, el exceso, nos quedaríamos con las cosas en su sitio, y entre todas ellas construiríamos una convivencia razonable, un país más habitable. Ya sabemos que a veces esa fe desmedida o esa hostilidad exagerada encubren inverecundos intereses terrenales. Siempre hay personas que se arropan con la Iglesia, como dice nuestra maledicencia popular. Pero eso se ve. A lo que nos referimos es a los otros. A los que son más papistas que el Papa, con inocencia, con ingenuidad, con santo inquisitorial y demoleedor jubilo.